



SÉPTIMO MEDIO

Asistencia en espíritu á nuestros propios funerales, ó meditación sobre las ceremonias eclesiásticas antes y después del sepelio.

EL ataúd y el sepulcro, hé ahí la escuela y la cátedra en donde la muerte nos da con más fuerza y autoridad la gran lección de la vanidad del mundo. Esos labios roídos, esas mejillas carcomidas, esos ojos apagados, esas orejas, que han desaparecido bajo los dientes de los gusanos ó bajo la acción disolvente de la putrefacción, todo ese cuerpo, en fin, que, sumergido en un pus repugnante, nos enseñan en su elocuente silencio y con una energía que no tuvo jamás ningún orador, á despreciar las riquezas, á desdeñar los honores, á huir los placeres de la tierra, á desear las cosas del cielo y, en fin, á bien vivir y á morir bien. Al través de las sombras de la muerte, la vista per-

cibe todo lo que el fausto de las potencias humanas, todo lo que el lujo de los placeres y las riquezas tienen de semejanza con la gran estatua que el rey Nabucodonosor vió en sueños rota y reducida á polvo por el choque de una pequeña piedra. Toda felicidad terrestre termina en una catástrofe semejante: en un instante rápido como el relámpago viene á quebrantarse contra la piedra sepulcral, se reduce á cenizas, y los restos del hombre más dichoso no tienen nada que los distinga de cualquier otro polvo como no sea el fétido hedor que exhalan.

¡Qué lección! ¿Y podríamos nosotros dejar de confesar que la contemplación del cuerpo, sea en el ataúd, sea en el sepulcro, es uno de los más poderosos medios de reprimir nuestro apetito desordenado de las riquezas, de los honores y de los placeres de este mundo y de corregir en un alma el disgusto de las cosas del cielo?

La Iglesia ha instituido tiernas ceremonias para honrar la sepultura de sus hijos: la meditación de esas ceremonias, ó si se quiere la asistencia en espíritu á nuestros propios funerales, es también un medio eficaz de evitar este obstáculo á la buena muerte, el cual nos viene de nuestra triple concupiscencia. Leemos en la historia que el emperador Carlos V

quiso experimentar por sí mismo cuanto puede ayudar este piadoso ejercicio para obtener un fin dichoso. Después de haber abdicado voluntariamente todas sus coronas y de haberse retirado á un monasterio, este poderoso y religioso príncipe no quiso que la muerte tuviese nada que arrebatarle de que él no hubiese hecho ya el sacrificio, y mandó celebrar en vida sus propias exequias. Porque estaba persuadido de que nada podía ponerle en una disposición tan perfecta para morir, como prevenir el tiempo de su entierro, presidir por sí mismo á sus propios funerales y meditar de una manera práctica las ceremonias y las oraciones de la iglesia por los fieles difuntos. En efecto, en toda esta pompa fúnebre, tan propia para reducir las cosas á su justo valor y de que era él mismo el objeto, este religioso emperador pudo aprender á preferir mil veces su alma á su cuerpo, el cielo á la tierra y la muerte de los justos á la vida de los más envidiados monarcas.

A ejemplo de este héroe cristiano, asistamos en espíritu á nuestras propias exequias, rindamos con nuestras manos los últimos honores á nuestro cuerpo, y, aunque vivos todavía, guiemos el cortejo que se dirige á nuestra última morada.

Meditemos con profunda atención las diversas circunstancias que siguen y preceden al sepelio, á fin de recoger saludables frutos para nuestra alma. En la meditación de estas ceremonias encontraremos los principios de una vida más santa, un aumento de constancia en las resoluciones que las consideraciones precedentes nos han inspirado ya, un firme valor contra el respeto humano y, en fin, todas las disposiciones más propias para hacernos merecer una buena muerte. Se nos repetirán algunas de las reflexiones que ya se nos han propuesto; mas que no sea esto para nosotros motivo de fastidio, porque no se hace más que seguir la práctica de los maestros de la vida espiritual, que con la repetición acostumbran á llamar la atención del espíritu sobre los pensamientos que desean más inculcar y que miran este método como importantísimo.

ARTÍCULO I

Ceremonias que preceden al sepelio

Consideremos en todas sus circunstancias el ceremonial que se acostumbra á seguir para el duelo y las exequias antes de la deposición del cuerpo en el se-

pulcro. A la hora indicada para la ceremonia fúnebre, se tocan las campanas, los amigos del difunto se juntan, los vecinos acuden, las cofradías se reúnen y caminando detrás de todos el clero, precedido de la cruz con antorchas y velas encendidas, se dirigen á la casa mortuoria. Entretanto algunos consuelan á los parientes y á la familia; se pone agua bendita sobre el ataúd y guardan un triste silencio, tomando parte al menos exteriormente en la aflicción común. Por su parte, los más próximos parientes y los más íntimos amigos del difunto manifiestan su duelo con sus lágrimas.

Mas, ¿de qué servirán los llantos y los gemidos estériles de esta multitud agrupada en derredor del ataúd? ¡Oh! Valía más que durante esta vida borrásemos nuestros pecados con nuestras propias lágrimas, que no dejar á los otros el cuidado de llorarlos después de nuestra muerte. No obstante, si debemos esperar después de nuestra muerte algún consuelo sólido, esto será de parte de las Cofradías de que hayamos sido miembros, con tal que no hayamos llevado sin una piedad verdadera, el nombre de cofrade, sino que hayamos practicado fielmente sus deberes. Veamos, pues, en qué Cofradía, exceptuando la de la buena muerte, nos sería más ventajoso ser ad-

mitidos y si somos ya miembros de alguna piadosa asociación, por ejemplo, de alguna Cofradía de la Santísima Virgen; examinemos cómo observamos sus estatutos y reglas.

Mas, prosigamos: se distribuyen las velas, y mientras las antorchas arden en torno del ataúd, el sacerdote, con el clero que le asiste, canta el salmo *De Profundis*, al fin del cual añade la oración siguiente: *Recibid, Señor, el alma de vuestro siervo que os habeis dignado sacar de la prisión de este siglo; libradla del lugar de penas, á fin de que sea admitida á la dicha del reposo y de la luz eterna y que merezca tener parte con vuestros santos y vuestros escogidos en la gloria de la resurrección; por Jesucristo Nuestro Señor.*

Ahora bien, imagínate ¡oh alma! que saliendo del purgatorio asistes á esas ceremonias de la Iglesia, que ves toda esa pompa fúnebre y oyes las oraciones que se dirigen á Dios por tí. ¿Cuáles serán entonces tus pensamientos? ¡Ay de mí! ¡pluguiese á Dios, dirás entre gemidos, pluguiese á Dios que yo hubiese expiado mis faltas con una satisfacción anticipada cuando el tiempo se me daba sin medida, y que, por una sabia previsión en pagar mis deudas, me hubiera conciliado el favor de mi divino juez!

¡Oh, cuán prudentemente habría entonces obrado! Porque muchas veces Dios no quiere aplicar á un difunto las oraciones que se hacen por él y las destina á otras almas igualmente retenidas en el purgatorio; ni concede á aquella por la cual eran ofrecidas ningún alivio en sus sufrimientos, hasta que haya pagado el último maravedí á la justicia divina. No contéis, pues, con vuestros amigos y vuestros parientes, dice la Imitación; vale más tomar en buena hora sus precauciones, que confiar en el socorro de los otros.¹ Comencemos, pues, ahora mismo, sin dilación, hoy, si no á satisfacer enteramente por las penas que hemos merecido, cuando menos para disminuir lo más que nos sea posible nuestra desgraciada deuda por austeridades voluntarias, con la mortificación de nuestros sentidos y apetitos desordenados, por nuestro cuidado en ganar las indulgencias con la práctica de las virtudes, sobre todo de las obras de misericordia, haciendo con fervor frecuentes actos de devoción perfecta, á fin de que no nos quede nada ó casi nada que expiar en el otro mundo

Entretanto, he aquí que el cortejo se pone en marcha y avanza tristemente: comienzan y prosiguen en coro el *Misere-re*: levantan nuestro cuerpo y lo sacan

¹ Ecl. 41. 1.

de nuestro aposento y de nuestra casa, en donde hemos ¡ay! tantas veces idolatrado esta carne sensual, y ofendido á Dios nuestro Criador. Lo sacan para no volver más allí; llevan el ataúd por las escaleras y corredores, por esa puerta que bajo el peso del pecado mortal, atravesáramos tantas veces nosotros mismos; lo llevan á la tumba, de donde no debe volver más. Es necesario decir un eterno adios á esos muebles que nos eran tan queridos, á todos esos bienes, á esos tesoros que habíamos amontonado con tanto perjuicio para nuestra alma. ¡Oh dolorosa separación *para el hombre que vive en paz en medio de sus bienes!*¹

¿Cómo verá nuestra alma, unida al triste cortejo, toda esta escena lúgubre? ¿Cómo deseará vivir en la mansión que acabamos de dejar? ¿Qué sentimientos guardará respecto de los bienes de que la muerte nos ha despojado?

¿Cómo desearía en este momento haber gozado de ellos? Vivamos, pues, en nuestra casa como desearemos entonces haber vivido, teniendo por las cosas de la tierra los mismos sentimientos que tenga entonces nuestra alma.

No cesemos de considerarla acompañando á su cuerpo al salir de casa, en

¹ Ecl., 41. 1.

las calles y plazas que atraviesa y hasta en el cementerio.

Al recorrer este camino con toda la multitud que ha acudido á la ceremonia, ¡cuántos motivos de lágrimas se presentan á su vista cuando percibe los lugares donde tantas veces cometió el pecado, y las personas por cuyo amor tantas veces ofendió á Dios. ¡Ay de mí! exclama apartando la vista con horror, he ahí la execrable casa que fuera para mí la ocasión funesta y la causa de tantas iniquidades y que lo es ahora de tantos sufrimientos como tengo. ¡Ah! ¡que no me apartase yo de esa compañía, que no haya evitado no sólo hablar á esta persona, sino hasta verla! Si somos prudentes, guardémonos ahora de hacer lo que nos arrepentiríamos después de haber hecho; huyamos de todo lo que luego nos alegraremos de haber evitado.

Redobla tu atención, alma cristiana, y ve lo que los hombres piensan de tí, particularmente todos aquellos que, para cumplir sus últimos deberes, han venido á honrar tus exequias, y cuyas filas prolongadas siguen tu cuerpo hasta el lugar de tu sepultura. ¿Cómo te juzgan ellos? Durante tu vida tu corazón y tus palabras no han tenido muchas veces más que la falsa máxima: *¿Qué dirán los hombres?* Este vano espantajo ha sido

el ídolo ante el cual mil veces no has tenido vergüenza de doblar la rodilla; mas ahora, después de tu muerte, es cuando importa observar lo que los hombres dicen de ti, lo que desprecian ó estiman en tu persona.

Avanza cerca de esa multitud que rodea tu ataúd y con oído atento trata de oír bien todo lo que se repite acerca de ti. Ahora ¿qué dicen de ti los hombres? Dicen que en verdad tenias saber, pero no tanta humildad; que tenias una palabra elocuente, pero muy cáustica; que mezclabas á una apariencia de modestia una excesiva tenacidad de tu propio juicio; que, fácil para excusarte á tí mismo, guardabas tu severidad para los otros; dicen que has sido un hombre ávido de presentes, y que habia en tí preferencia por ciertas personas; que eras un rico avaro, esclavo del respeto humano, insaciable de honores y dignidades, de una sórdida parsimonia; que estimabas á tí mismo en todo lo que tenia relación contigo hasta hacerte insoponible. Dicen, que deseabas las alabanzas, que huías del trabajo, que buscabas tus comodidades y tus conveniencias, que te complacias en los festines, que eras esclavo de tu vientre y tú mismo, eras tu solo amigo.

Así, lo que los hombres elogian en no-

sotros después de la muerte, no son las cualidades naturales con que brillábamos más que los otros; ni aquella ciencia que nos elevaba sobre nuestros semejantes, ni los empleos honrosos á los cuales se nos llamara, ni las alabanzas ni los aplausos que recogieramos en el curso de nuestra vida. Lo que, no solamente los buenos, sino aun los indiferentes y los malos estiman en nosotros, es únicamente la virtud y la piedad. Nadie nos alaba por haber sido ricos, nobles, sabios; sólo elogian nuestra obediencia, nuestra humildad y paciencia, nuestro amor á la oración y á la mortificación. No nos estiman por haber llevado una vida tranquila y gozado con abundancia todas las comodidades de la vida, ni por haber sido colmados de honores y elevados á los primeros puestos, sino que nos juzgan dichosos por haber hecho y padecido mucho por Dios, por haber trabajado mucho, castigado nuestro cuerpo, edificado al prójimo por nuestra paciencia, distribuido abundantes limosnas, padecido con valor humillantes desprecios y duras persecuciones. He aquí los únicos motivos por los cuales se nos alaba.

Honramos ahora á los Enriques, los Fernandos, los Eduardos y los Leopoldos, no porque fueron grandes príncipes,

sino porque fueron santos. Los principes mismos y los monarcas se apresuran á venir á porfia á pegar sus labios en los restos inanimados de un Antonio, de un Hilarión, de un Francisco. Se conservan como objetos preciosos hasta los trozos de los vestidos de los amigos de Dios; se tributan á sus piadosas reliquias, por poco que sea su valor, más grandes homenajes que á los reyes, á los emperadores y á todos los poderosos de la tierra. Los cuerpos de los otros muertos inspiran temor, horror y una especie de repulsión invencible, á causa de la corrupción que los devora y de la infección que exhalan; mas los cuerpos de los Santos tienen un encanto secreto que produce en todos los corazones sentimientos deliciosos de respeto, de gozo, de esperanza de confianza. Después de su muerte, la virtud de los santos, que, cuando vivían en el mundo tuvieron que sufrir los desprecios de los malvados, ejerce, como un poderoso imán, la fuerza de su atracción sobre esos corazones de hierro y les une así por el respeto y la sumisión que les inspira.

¡Qué locura, pues, juzgar ahora, de una manera tan diferente de la piedad y á los hombres que la practican, estimar lo que despreciaremos y despreciar al contrario lo que estimaremos entonces!

¡Qué demencia ambicionar durante nuestra vida lo que debe envilecernos á los ojos de los hombres después de nuestra muerte, y vivir indiferentes por lo que haria un día el fundamento de nuestra gloria! ¡Qué ceguedad omitir ó no hacer por respeto humano aquello de que los hombres, después de nuestra muerte, despreciarán la omisión ó el cumplimiento, y consentir, en fin, por no desagradar á los hombres, en acciones que les desagradarán soberanamente cuando ya no existamos! ¿Nuestra gran máxima: *¿Qué dirán los hombres?* no tiene, pues, eficacia más que para apartarnos de la virtud, y no para hacernos dejar el vicio; para arrastrarnos al mal y no para atraernos al bien?

Prosternados á los piés del crucifijo, rechacemos generosamente las vanas ideas, las engañosas ilusiones, las falsas opiniones del mundo, las funestas máximas, ó más bien las delicias de un siglo corrompido, los temores pueriles del respeto humano; no estimemos ni busquemos más que lo que los hombres estimarán y alabarán en nosotros cuando hayamos dejado de existir, y lo que deseáramos entonces nosotros mismos haber estimado y buscado durante nuestra vida. Corrijamos los defectos que los hombres reprehenderán un día en nosotros; lleve-

mos la conducta que deben aprobar. Hagámonos familiar la máxima: ¿Qué dirán los hombres de mí, después de mi muerte? Que ella nos sirva de poderoso remedio para curarnos de nuestros vicios y afirmarnos en la virtud. Tomemos sobre esta materia algunas resoluciones particulares.

En fin, después de un largo paseo por las calles de la ciudad, el acompañamiento fúnebre llega á la iglesia ó al cementerio, y se detiene al borde de la fosa que debe recibir al difunto. Entonces el sacerdote canta la antifona siguiente: *“Santos de Dios venid á su socorro, venid á su encuentro, ángeles del Señor, recibid su alma y presentadla ante el Altísimo; que Jesucristo, que os ha llamado, os reciba, y que los ángeles os conduzcan al seno de Abraham. Que esta tumba sea santificada. En el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Así sea.”*

¡Oh alma mía! mientras el sacerdote llame en tu auxilio á los ángeles y santos, ¿cómo desearías haber honrado á tu ángel de la guarda? ¿Qué culto querrias haber tributado á tus santos patronos y sobre todo á la Santísima Virgen? Las oraciones que los otros les dirijan después de tu muerte, para implorar su asistencia en tu favor, serán menos eficaces

si, durante tu vida, tú no te cuidaste de manifestarles todos los días una devoción constante y merecer así su protección. Determina, pues, desde hoy, con qué actos de piedad y culto religioso te propones honrar en lo venidero á tus santos patronos, particularmente á los de la buena muerte. Aplícate á aprovechar el divino consejo de este buen Maestro: *Haced amigos, á fin de que cuando falléis os reciban en los tabernáculos eternos.* Hé aquí lo que teníamos que decir de las ceremonias que preceden al sepelio.

ARTÍCULO II

Ceremonias después del sepelio

1.º Mientras el sacerdote recita la siguiente oración, el cuerpo con el ataúd que le encierra será puesto en el sepul-

Recibe ¡oh tierra! lo que te perece. *“Recibe ¡oh tierra! lo que te perece. Que Dios se digne recibir lo que es suyo. El cuerpo fué formado de la tierra, el alma fué inspirada de lo alto.”* ¡Oh tristes palabras! el cuerpo fué formado de la tierra, el espíritu fué inspirado de lo alto; y no obstante este espíritu inmortal se ha sujetado á una indigna servidumbre bajo este cuerpo de tierra; en todas partes y siempre el señor ha estado sujeto al esclavo, la razón